

DE LO QUE ACAECIÓ A TOFANO, CELOSO DE SU MUJER, Y CÓMO ÉSTA LE SUPO
ENGAÑAR Y BURLAR

«Hubo, pues, en otro tiempo, en Arezzo, un hombre rico llamado Tofano, que se casó con una hermosa mujer llamada Mona Gita, de la cual, sin saber él porqué, se puso muy celoso, por lo cual la mujer estaba muy enojada, y habiéndole preguntado muchas veces la causa de sus celos, y no sabiendo él señalársela con pruebas concretas, ella cayó en la tentación de hacerle morir de aquel mal de que él tanto temor había concebido sin razón alguna.

Y habiendo oído decir que un hombre mozo, muy apuesto, la requería, discretamente, comenzó a entenderse con él. Y habiendo progresado tanto la cosa entre ellos que nada faltaba a su relación sino pasar de las palabras a los hechos, pensó la mujer dar también este paso. Y habiendo visto que su marido tenía el hábito de deleitarse mucho en beber, no solamente comenzó a fomentar en él tal costumbre, sino que astutamente le servía de beber con frecuencia. Y tanto se acostumbró él a esto, que casi todas las veces que a él le apetecía, procuraba ella que se emborrachase, y cuando lo veía borracho, lo acostaba para que se durmiera; y así fue como por primera vez se encontró con su amante, y después, sin reparo alguno, ambos volvieron a encontrarse muchas veces.

Y tan segura estaba de la costumbre que tenía su marido de embriagarse, que no solamente había osado llevar a su amante a casa, sino que ella misma, alguna vez, iba a la casa de él —que no estaba muy lejos de la suya— para estar juntos gran parte de la noche.

Y de esta manera, obrando esa enamorada mujer, aconteció que su marido, comenzó a darse cuenta de que, por mucho que le animase a beber, ella nunca bebía; de lo que él sospechó la razón de aquello, a saber, que su mujer lo embriagaba para poder después hacer cuanto le diese la gana mientras él dormía. Y queriendo tener la prueba de esto, por ver si su sospecha era cierta, una noche, sin haber bebido aquel día, aparentó estar muy borracho, tanto en su hablar como en sus acciones; y creyendo la mujer que, en efecto, así era, y estimando que no era menester que él bebiese más, rápidamente lo acostó para que durmiese. Y hecho esto, saliendo de su casa se fue a la de su amante, y en ella se quedó hasta la medianoche.

Tofano, cuando sintió que la mujer no estaba en casa, se levantó y, yendo a la puerta, la cerró bien por dentro, y después se asomó a la ventana para ver a su mujer cuando viniera, para que así ella se diese cuenta de que él había sabido la manera que con él usaba; y allí permaneció has-

ta que la mujer volvió a casa. Ella, al verse cerrada por fuera, tuvo gran pesar, y comenzó a probar si por la fuerza pudiese abrir la puerta. Hasta que Tofano, desde la ventana, le dijo:

—En balde te fatigas, mujer, porque tú aquí dentro no podrás entrar. Anda; ve, y vuélvete allí adonde estuviste hasta esta hora, y entérate de que aquí no entrarás hasta que, en presencia de tus padres y de los vecinos, yo te haya dado tu merecido en relación con lo ocurrido.

La mujer comenzó a rogarle por el amor de Dios que le abriese la puerta, que ella no venía de donde él pensaba, sino de velar con una vecina suya, ya que las noches entonces eran tan largas y ella no las podía dormir todas enteras ni, sola, velar dentro de casa. Mas de nada le servían sus ruegos, ya que el otro estaba dispuesto a dar a conocer la vergüenza de ambos a todos los habitantes de Arezzo. Entonces, la mujer, viendo que el rogar no le valía, recurrió a las amenazas, y dijo:

—Si no me abres, haré de ti el más triste hombre que viva.

A lo que Tofano respondió:

—¿Y qué puede esto importarme?

Pero la mujer, cuyo ingenio había aguzado el amor, le respondió:

—Antes de que yo sufra la vergüenza que injustamente quieres echar sobre mí, me tiraré dentro de aquel pozo que hay junto a nuestra casa, en el cual cuando me hayan encontrado muerta, ninguno habrá que no crea que tú, bebido, eres el que me ha echado en él, y así, o tendrás que huir y perder lo tuyo y vivir escondido y buscado, o tendrás que resignarte a que te corten la cabeza como homicida de mí, que lo serás verdaderamente.

Mas estas palabras no movieron a Tofano de su loca decisión. Por lo cual, le dijo su mujer:

—Ya no puedo aguantar más tu desprecio: que Dios te lo perdone y haz que recojan esta rueca que yo dejo aquí.

Y dicho esto, como hiciese una noche tan oscura que apenas se habrían podido ver entre sí dos personas que se encontrasen por la calle, la mujer fuese hacia el pozo, y tomando una piedra muy grande que al pie del mismo había, tras gritar: «¡Perdóname, Dios!», la dejó caer en el pozo.

La piedra, al llegar al agua, hizo gran ruido, y oyéndolo Tofano, creyó firmemente que la mujer se había tirado dentro del pozo; y por ello, tomando un gran balde y una cuerda, se lanzó fuera de la casa, para correr al pozo a prestarle ayuda.

Giovanni Boccaccio (1313–1375)

Mas la mujer, que junto al hueco de la puerta de la casa se había escondido, se metió en casa al punto y se encerró dentro de ella, y asomándose a la ventana, comenzó a decir:

115 –¡Quiere ahora de agua hartarse, ya que de noche no puede beber otra cosa!

Oyendo esto Tofano, se tuvo por burlado, y volvió a la puerta, y no pudiendo entrar, comenzó a decir a su mujer que le abriese.

120 Pero ella, alzando la voz, así como antes había hablado en voz baja, comenzó a decir gritando:

–¡Por la cruz de Dios, villano borracho, que no entrarás esta noche! No puedo ya con tus malos modales, y me es forzoso hacer ver a todos quién eres tú y a qué hora vuelves, de noche, a casa.

Por su parte, Tofano, exasperado, comenzó a insultarla y a dar voces, por lo que, al oírlas, los

130 vecinos se levantaron de sus camas y, hombres y mujeres, se asomaron a las ventanas, preguntando qué pasaba.

Y la mujer, llorando, comenzó a decir:

–Es este perdido, que por la noche vuelve

135 borracho a casa, o se queda dormido por las tabernas hasta esta hora, y yo, que largamente he sufrido tal situación, no puedo ahora sufrirla más, y he querido que tenga esta vergüenza, para ver si se enmienda.

140 Mientras tanto, Tofano decía lo que había acontecido, sin dejar de amenazarla. Por lo que la mujer decía a los vecinos:

–¡Ved, ahora, qué clase de hombre es él! ¿Qué diríais de mí si yo estuviese en la calle

145 como él hace y él estuviese en casa, como yo estoy? ¡A fe de Dios, que yo no dudo que creeríais que él decía la verdad! Bien podéis conocer en esto cuál es su designio; pues él dice que he hecho yo lo que hizo él, y ha creído espantarme

150 diciendo no sé qué de echarse al pozo; mas, ojalá lo hiciese y en él se ahogase, porque así el vino, que en tan gran cantidad había bebido, se le mezclaría con el agua.

Los vecinos, hombres y mujeres, comenzaron todos a reprender a Tofano, a echarle la culpa de lo ocurrido y a criticarlo a causa de lo que decía contra su mujer; de modo que, en breve tiempo, tanto anduvo el rumor de unos vecinos a otros, que al fin se enteraron los parientes de la mujer, los cuales fueron allí y, al oír lo que les contaron los vecinos, cogieron a Tofano y le dieron tantos golpes que lo dejaron molido. Y después, yendo a la casa del matrimonio, tomaron las cosas que eran de la mujer y la llevaron a la casa de los padres de ella, amenazando a Tofano con peores males.

155 Y el marido, viéndose tan mal parado, y entendiendo adónde le habían llevado sus celos, arrepentido, recurrió a la intervención de ciertos

170 amigos, y tanto se esforzó, que con su mujer hizo las paces y la volvió a tener en su casa, tras prometerle que nunca más estaría celoso de ella, y además de esto, le dio licencia para que hiciese cuanto quisiese, pero de modo que él no sintiese celos. Y así se hizo, al modo del villano que hizo el pacto cuando el daño ya estaba hecho.

175

Decamerón